

4-53  
1  
Acrux de la barbarie actual. ¿ Bárbaros? ¿ Pedantes?

("Nuevo Mundo", Madrid, 31 octubre 1914).

(3)

## ¿Bárbaros? ¿Pedantes?

—No puede ser—me dijo,—no se puede suponer tan bárbaro á un pueblo donde florecen las artes, las industrias, las letras y las ciencias. Un pueblo en el que apenas hay analfabetos, no puede ser un pueblo de bárbaros.

—En primer lugar—le contesté—el alfabetismo no es por sí mismo, y aparte otras cosas, un símbolo de mayor cultura. Un aldeano de una raza fina, ágil, despierta, educada por largos siglos de finura estética, puede ser, siendo analfabeto, mucho menos bárbaro que el descendiente de un pueblo de bárbaros que se haya dado un barniz, por espeso que éste sea, de mecánica nacional y de cálculo infinitesimal é integral. Y, sobre todo lo temible, lo verdaderamente temible, no es tanto el bárbaro como el pedante de barbarie.

—¿Y qué es eso?—me preguntó.

—Pedante de barbarie—le dije—es el que, sin ser bárbaro, se propone serlo, ya por disciplina, ya porque está harto de que le digan que es un buen señor bonachón y pacífico. Y va y se dice: «Conque sí, ¿eh? ¿Conque yo soy un manso bucy? ¿Pues váis á ver si me pongo á toro!» Y entonces da tres y raya al bárbaro espontáneo y por naturaleza. Nada hay más temible que el bárbaro profesional.

—Pero es que no comprendo—me replicó—que uno pueda hacerse el bárbaro no siéndolo.

—Tienes razón—añadí—. Es que su barbarie había estado comprimida por una cierta pedantería, y estalla.

—Y entonces—me dijo—¿qué es pedantería y qué es barbarie?

—Pues vienen á ser—le contesté—una sola y misma cosa: infatuación. O si quieres, grosería. En cierta ocasión, se me quejaba un amigo de la grosería de un sujeto que al entrar aquél en una estancia no pareció darse cuenta alguna de su presencia. «No lo hizo adrede—le dije—no trató de molestar ó de humillar á usted; es que realmente, no reparó en usted, no se dió cuenta de su presencia». «Pues en eso precisamente—me contestó mi amigo—consiste la grosería. Si se hubiera percatado de mí y no me hubiese hecho caso adrede, por humillarme ó manifestarme su desprecio, no habría sido tan grosero. La grosería consiste en no darse cuenta de que hay otros hombres, tan hombres como uno: en creerse solo. Y esta de mi amigo es una excelente definición de la grosería. La grosería es la infatuación del que se

O. C. tomo IX



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S



erece, no ya superior á los demás, sino acaso único, y ello porque es incapaz de comprender al prójimo. Y en el fondo no es sino grosería de percepción, torpeza de espíritu.

—¿Pero es que puede llamarse torpes de espíritu á hombres que sobresalen en el cultivo de las ciencias puras y de las aplicadas?—me dijo.

—La finura de espíritu—le contesté—no se manifiesta tanto en la ciencia

como en el arte, y en la ciencia misma en cuanto arte, en cuanto poesía, esto es, creación imaginativa y no técnica. Un eminente técnico, un sobresaliente especialista, un hombre diestro y adiestrado en la aplicación de fórmulas puede ser un perfecto beocio ó un redomado filisteo sin el menor sentido estético: y es el sentido estético, es la educación estética, no la ciencia, ni mucho menos la técnica y su aplicación industrial, lo que libra de la pedantería y de la barbarie con ella. Y el sentido estético no se adquiere no más que dándose atracones de historia del arte, analizando obras artísticas é inventando otras, por mero tecnicismo, sin genialidad alguna, y obras de un estilo colosal y ciclópeo, falto de medida, es decir, bárbaras y pedantes. Y el sentido estético, la educación artística, influye en todo, hasta en el modo de hacer y de llevar la guerra.

—¡Hombre, no faltaba más—exclamó—sino que quieras aplicar la estética también á la guerra!

—¡Claro está que sí!—le dije—. Si aquel diabólico humorista inglés que fué Tomás de Quincey, el que nos contó los últimos días de Manuel Kant, escribió un ensayo sobre el asesinato considerado como una de las bellas artes, con mayor razón podría escribirse otro sobre la guerra como arte bella. Y la guerra como bella arte es mucho menos bárbara, sin ser por eso menos eficaz que la guerra como ciencia. Que es lo que ahora pretende la pedantería militar: hacer de la guerra una Ciencia, así, con letra mayúscula, si es que no una metafísica, que hasta este punto de ridiculez se ha llegado.

—Lo que no comprendo—me dijo—es que la guerra, como ciencia, se haga más bárbara que como arte.

—De eso—le contesté—hablaremos

más despacio otro día. Por hoy debe bastarte el que te diga que es el sentido estético, propio del arte, más que el sentido lógico, propio de la ciencia, el que nos da el sentimiento de la medida. La lógica científica aplicada á la guerra, puede llevar á preconizar y recomendar ciertos medios de intimidación.



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S



ción, como esa salvajada de echar bombas desde un aeroplano sobre una ciudad no sitiada, y acaso ni fortificada, creyendo que así se obtiene el resultado que se busca, cual es el de intimidar y rendir la voluntad del enemigo. El pedante apela á ese medio porque se cree que el adversario es siempre más cobarde que él, y no le cabe en la cabeza que eso pueda exasperarle é irritarle más en vez de intimidarle.

—Pero para la eficacia de la guerra...—me interrumpió.

—Te entiendo—le interrumpí á mi vez—. Tú crees que en la guerra se debe buscar ante todo la eficacia, el rendir al adversario, sea como fuere, y que el fin justifica los medios. Y que sólo se debe proscribir en la guerra aquello que no conduzca al fin que en ella uno se propone, que es vencer. Pues bien, para eso mismo de la eficacia sirve más la estética que la lógica. Las obras de arte hechas por procedimientos científicos, por fórmulas lógicas, son casi siempre desmedidas y desproporcionadas. Las matemáticas no sirven para hacer música, aunque sirven para otras muchas cosas. Y el *ne quid nimis* tiene importancia en la guerra, en la cual la barbarie se mide por el grado de pedantería y de falta de sentido estético. Y créeme, cuando las campañas, en vez de dirigirlas maestros en el arte de la guerra, es decir, artistas guerreros, las dirigen catedráticos en la Ciencia de la milicia, es decir, pedantes militares, sin ganar nada en verdadera eficacia, se hacen mucho más bárbaros. Porque un catedrático es siempre más bárbaro que un maestro, y un pedante científico mucho más que un artista. Y créeme que es cosa in-so-por-ta-ble la pedantería de los Estados Mayores. Si yo fuese Rey ó Emperador, confiaría antes mi ejército á un general literato que hubiese escrito madrigales, cuentos, odas ó sonetos, que no á uno que hubiese publicado un libro de texto, de estrategia ó de táctica. No hay nada más terrible que el catedrático autor de un libro de texto. Si te pones malo, no llares al catedrático de Medicina autor de un libro de texto de patología. Es capaz de dejarte morir por no dejar mal á su libro. Y mira, si esta guerra me interesa es porque preveo la derrota de los pedantes. No sólo de los que en ella luchan, sino de los otros, de los que la comentan. Y á ver si logramos que en milicia, como en lo demás, disminuyan los catedráticos y aumenten los maestros.



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USALES